

Altísimo prorumpe en anatemas contra el hombre, le promete una Reparadora de su ruina (1).

Los siglos suceden á los siglos, las generaciones van en pos de otras generaciones y las figuras y las promesas van pasando tambien en la carrera del tiempo. Sueña por fin la hora en que el Increado debía hacerse hombre, y María, la escogida en la eternidad, aparece en la tierra, limpia como el corazón de Dios que la había predestinado; pura como el aliento con que la había vivificado y tan llena de gracias que en Ella se compendia su Omnipotencia.

Sabemos, señores, que al brotar de las manos del Hacedor Supremo, en el primer instante de su sér, había excedido á todos los ángeles y los santos en méritos y virtudes; que los incendios de su caridad eran superiores á los de los más encumbrados serafines; que el cielo todo se regocijaba en Ella y que la tierra presentía su felicidad.

Símbolo de amor, María, aun antes que descendiesen sobre Ella los rayos de nuestro sol, y la creación contemplase sus perfecciones, hacía sentir al mundo sus divinas influencias. Sí, la naturaleza que había enmudecido en la caída de Adán y llorado silenciosa su desgracia, en el mismo instante de su Concepción, se despoja del ropaje de tristeza de que se había cubierto tantos siglos y se engalana con el de la felicidad: presente ya el día de su inefable júbilo y entona entre los cánticos de alegría aquella oración que al par que ruega, manifiesta la amorosa ansiedad que la domina. Rásguese lo más encumbrado de los cielos y las nubes lluevan al justo: ábrase la tierra y germine el Salvador. *Rorate coeli desuper, et nubes pluant justum; aperiatur terra et germinet Salvatorem* (2).

Muy lejos de las esperanzas humanas, se verificaba un

(1) Gen., cap. 2, v. 15.  
(2) Isai., cap. 45, v. 8.

portento que el mundo, sirviendo de teatro á tan magnífica escena, no pudo advertir: más tarde, cuando el horrible desenlace del Gólgota hubiera pasado dejando raudales de luces á los hombres, entonces sería conocido y agradecida la humanidad beneficiada, bendeciría la magnificencia del Señor. Ahora conviene que todo pase desapercibido: mañana todo se comprenderá. Cuando la prometida en el Paraíso está próxima á nacer, se difunde una alegría que no se explica; los habitantes de la feliz Jerusalem dan los plácemes á la bienaventurada anciana, porque había terminado para ella el oprobio de la esterilidad que había llevado tantos años; y su regocijo es, sin duda, porque se aproxima el día en que se vea cumplida la promesa que se hizo al primer prevaricador. Sí, esa generación que comienza á sonreirse, va á saciarse en la contemplación de aquella bellísima Niña concebida sin pecado; profetizada por Salomón como el Huerto cerrado (1), en donde florecía esta azucena cándida, que lo embalsamaba con la esencia que despedía su indescriptible pureza y que llevaba en sí misma el gérmen de la perpetua virginidad; como fuente sellada con el sello de la maternidad divina; y sus gracias, sus glorias y virtudes, sus excelencias, sus combates y sus triunfos y todo lo que vió de Ella en la eternidad la mente divina; y lo más sorprendente, lo más digno de admirar, los más inaccesible al humano entendimiento, la representación sensible de la Paternidad increada é infinita en este mundo dice Orígenes, porque ha de tener un Hijo que es engendrado eternamente sin tener Madre en los cielos, y será engendrado en la tierra sin tener padre, pues lo engendrará sin obra de varón una mujer, siendo la Inmaculada María (2). A este propósito dice San Bernardino de Sena: "Estoy por decir que es más admirable la Maternidad divina, que la Paternidad infinita. Y en verdad,

(1) Cant., cap. 4, v. 12.

(2) Homil. 3 in Matth.

BIBLIOTECA CENTRAL  
U. A. N. L.



para engendrar Dios á Dios ninguna disposicion se requiere por parte de El, pues conviene al órden de su naturaleza, que por su propia virtud el entendimiento engendre al Verbo igual al Padre en todo. Pero que una mujer conciba y dé á luz á Dios, es y fué el milagro de los milagros; porque fué necesario que esa mujer fuese elevada, por decirlo así, á una cierta igualdad divina, y lo fuese por una especie de infinidad de gracias y perfecciones, lo que ninguna criatura ha experimentado." Hé aquí por qué el Rey profeta le canta algunos siglos antes: *Gloriosa dicta sunt de te, Civitas Dei*. Cosas muy gloriosas, se han dicho de Tí, oh María, ciudad donde reside el amor inconcebible del Señor (1).

La aurora de la felicidad humana ha aparecido: cercano está el momento en que el hombre sacuda la cadena de la esclavitud que ha llevado tantos siglos: el gran día se anuncia, está próxima la hora en que se arranque el oprobio de la casa de Israel. Transportémonos un instante á la Villa de Nazaret y observemos lo que pasa en el silencio de una noche serena y apacible, tranquila como la inocencia, risueña como la felicidad. Nada perturba el sueño de los habitantes de aquella pequeñita aldea, todos se han entregado al reposo, sólo una Virgen vela, la Virgen que había profetizado Isaías: la prometida á los Patriarcas, la anunciada por los Profetas y la que habían anhelado las naciones: sólo ella eleva sus plegarias al trono de su Dios; sólo Ella que había convertido su morada en Paraíso, desprende de su corazón tiernos suspiros envueltos en el perfume de su amor y que llenaban de fragancia la estancia del Altísimo. Multiplicábanse en Ella los deliquios amorosos y sin cesar pedía que se apartase ya la indignacion del Cielo; que descendiese el Salvador de los hombres y se aboliese la iniquidad de la tierra. Y..... ¡oh portento! ¡oh instante escrito en los libros de los cielos! ¡oh momento anhelado en el Cielo y

(1) Div. Bernardin. Sen. Serm. 61, cap, 12,

en la tierra! Permitidme, señores, que para describirlo, en alas de la fe remontemos nuestro vuelo á la mansion de Dios y véamos cómo es escuchada la oracion de la Virgen de Nazaret, y despues contemplemos lo que acontece en la tierra.

"El Verbo Eterno, dice un santo escritor, llama á uno de los ministros más grandes de su imperio y le dirige estas palabras: "Vé ¡oh Gabriell! á la tierra y busca á la que ama mi corazón, á la que he elegido antes que todas las generaciones, á la que he predestinado desde la eternidad para tomar de Ella la carne humana. Yo tengo en Ella mi gloria, me deleito en su pureza; es justo que Yo habite en ella y la haga mi Madre. Acércate á la que es mi tálamo, paloma inmune de toda malicia, al arca de mi santificacion; contempla su hermosura: quedarás admirado de su inocencia y su pureza; te asombrará ese portento de virtud. Vé, pues, y anúnciale mi inmediato descenso á hacerme su Hijo (1)."

Era un volcan de amor el corazón de la Virgen cuando oraba. ¡Oh Señor! le decía en esta noche sublime: ¿Hasta cuándo ha de durar el reinado del pecado y han de vivir los hombres sin conocerte? ¡Ah si abrieses los cielos ya, y bajases!

El Señor la había oído y responde á sus plegarias por medio de su enviado, que se presenta en el retrete de María bañándolo de luces y llenando los sentidos de la Virgen de impresiones suavísimas. Detiéndose asombrado ante Ella, al verla enmudece; absorto la contempla, y al fin interrumpe su silencio: ¡Oh! dice entonces, ¡qué hermosa eres! ¡Cuántas gracias te adornan! ¡Qué aureola tan magnífica te circunda! ¡Qué felices son los mortales sólo con tenerte á Tí! ¡Qué diadema cubre su cabeza siendo Tú su corona! Qué guirnalda ciñe su frente poseyéndote á Tí! ¿Qué diré? No tengo fuerzas para decir tus alabanzas. Tu solo nombre excede á todo encomio, habiénd-

(1) Jacob, Monach. serm. in Deip. Anunt. núm. 5.



dole venido su elogio del cielo y recibido del Señor su alabanza condigna; y conturbado se le acerca, resplandeciente, suave, apacible, modesto y humilde se arrodilla entre nubes de azucenas, se inclina reverente y la saluda: "Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita eres Tú entre todas las mujeres... (1)" Quedó admirada la Virgen al oír estas palabras, se turba: una nube de pensamientos pasa por su bendita alma, y de la contemplación, de la sublimidad infinita del Criador, descien- de á la bajeza infinita de su nada.

El Arcángel que había oído de la boca del Altísimo las palabras que había de dirigirle y que además se le concedía el privilegio de examinar lo que pasaba en su corazón; ve que aquella alma santísima queda sorprendida al oír aquella salutación tan nueva y desusada, y con el mismo continente de suavidad y de dulzura, continúa: "No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios: y hé aquí que concebirás en tu seno y parirás un hijo y llamarás su nombre Jesús." Así cumple su misión el nuncio celestial; le manifiesta el misterio de la generación temporal del Hijo de Dios, y hace desaparecer la turbación que había sentido al oír sus alabanzas. Depone sus dudas porque se le explica cómo debía verificarse ese portentoso y abre graciosa sus preciosos labios.

Calle, pues, Salomón, y no diga que nada nuevo hay debajo del Sol.

Callen los cielos, el Señor, el Dios Omnipotente espera que se abran esos labios de donde depende la salud del mundo. Silenciosos los ángeles esperan que la Virgen hable: el sol, la luna y las estrellas se detienen esperando que la Virgen murmure una palabra; Gabriel espera ansioso la respuesta. Los labios de María por fin se abren: llenos de dulzura se desatan y graciosos prorumpen obsequiando la voluntad suprema de su Dios. Más embalsamada que la brisa está su aliento, la luz que la circun-

(1) Jacob. Mon. in Luc., cap 1.

da es indecible, irradia en ella el fulgor de la divinidad. Inúndanse los cielos de alegría, llénase la tierra de regocijo, porque María habla para hacer la felicidad de los ángeles y de los hombres. "Hé aquí, dice aquella rubicunda boca, hé aquí á la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra (1)."

¡Oh! dice Santo Tomás de Villanueva, háse de nuevo repetido el *at* omnipotente. Hágase. ¡Oh palabra poderosa! ¡Oh palabra eficaz digna de ser honrada sobre toda otra que se pronuncie! (2).

Hágase, dice San Bernardo. ¿Pero qué se ha hecho? El hágase que sacó al mundo de la nada, no resonó tanto en el Orbe como el tuyo ¡oh Bienaventurada Virgen! ¿Y quién puede decir lo que se hizo?

Dí, continúa el mismo santo, dí una palabra transitoria y abraza al Verbo Eterno. Hágase en mí según tu palabra: es decir el Verbo que era con Dios en el principio, hágase carne de mi carne: cúmplase en mí esa palabra y hágase, no solo perceptible á los oídos, sino visible á los ojos y palpable á las manos. Hágase en mí esa palabra, no en figuras, sino en forma humana, que pueda reclinar sobre mis hombros y que pueda darle mi calor y mi vida (3). Al efecto descien- de el Espíritu Santo y de su sangre virginal forma el cuerpo precioso de Jesucristo, se le infunde á este pequeño cuerpo el alma Santísima y unidos cuerpo y alma de este tiernecito niño, hipostáticamente á la divinidad, quedó Dios y hombre; Hijo eterno del Eterno Padre é hijo asimismo de la Virgen María, hermano de los hombres y reparador de su desgracia.

En este momento de suprema felicidad en que termina la era de nuestra proscrición del cielo, la Beatísima Trinidad se complace, y los ángeles, llenos de alegría, se

(1) Luc., cap. I, v. 38.

(2) Conc. I de Ament.

(3) Div Bernard. Hom. 4 super Missus est.

BIBLIOTECA CENTRAL  
U. A. N. L.



lanzan por la ciudad beatífica entonando aquel cántico que nueve meses despues hicieron escuchar á los pastores: "Gloria á Dios en lo más encumbrado de los cielos, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad (1)."

Aquí debía de terminar, pero llama nuestra atencion aquella Sagrada imágen que para venerarla nos ha sido preciso recordar tantos y tan dulces misterios, con el solo objeto de reconocer en ella la mano providente de Dios que tanto desea hacernos participantes de su gloria y que no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva y el medio de traernos es dándonos el corazon de su Inmaculada Madre. Ahí teneis el testimonio de su adorable voluntad. Sabeis que un religioso franciscano, Fray Antonio de Segovia la trajo desde España en el año de 1541 y además fundó en compañía de Nicolás Bobadilla, la Villa de Zapopan. Una vez colocada en el Templo aceptó gustosa los afanes maternos que demandaban de ella sus nuevos hijos y desde luego comenzó á obrar prodigios en señal de su benevolencia. Vosotros la habeis amado ¿no es verdad? Sí, vosotros habeis sabido corresponder á su ternura y os habeis mostrado dignos hijos de tan dulce Madre y viendo en ella la señal de la predestinacion, os empeñais en honrarla y tenerla complacida.

Dichosos vosotros si vuestro amor á la Reina de los cielos, no es nada más una manifestacion sensible de lo que os dicta la razon, sino que estas manifestaciones nacen de vuestro corazon que no se contenta con amarla porque la juzga digna de ser amada, sino que pasan más allá. La pureza de vuestras costumbres, las prácticas cristianas y la santidad de vuestra vida, serán los mejores testimonios que podeis presentarle á ella, que nada de lo que lleva la mancha del pecado le complace, y al mundo incrédulo, impío é indiferente que degradado en

(1) Luc., cap. 2, v. 14.

la materia, sólo se ha excluido de la adopcion que hizo María, al pié del Patíbulo de su hijo, de todos los pecadores. Así vuestra Madre multiplicará sobre vosotros sus bendiciones y el mundo que no conoce á Dios, no os confundirá con los suyos. Sedle fieles en conservar la fe que os legaron vuestros padres y ella os dará la corona de la vida eterna, que os deseo.—AMEN.